

Gays en Tierra Santa

NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ

Justo el día anterior a la muerte de Karol Wojtyła se podía leer, en la sección internacional de este periódico, una noticia que mostraba de manera singular cómo refulge en ciertas ocasiones el espíritu ecuménico. Pues no es fácil comprender cómo éste puede salvar el obstáculo epistemológico derivado de que cada una de las grandes religiones monoteístas se considere a sí misma verdadera. No poca cosa, por cierto, pues si una fuera verdadera para las otras quedaría reservado el inconveniente papel de erróneas o engañosas. Porque “verdad” —a diferencia de “corrección” o “validez”— es una noción tan exigente que con facilidad se troca en intransigente. A no ser que nos deslicemos por la suave senda del relativismo moderado, cada vez más inevitable. Quizá por ello el ahora decano del colegio cardenalicio, Joseph Ratzinger, en tanto responsable de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ya avisara contra “la falsa tolerancia” y las “teologías relativistas” en su *Dominus Jesus* de septiembre de 2000. Con todo, cuando no se trata de las abstrusas nociones de la teología o de la administración de las llaves y misterios del más allá, sino de lo terreno, demasiado terreno, surge aquel espíritu y la palabra de Dios es sólo una, aunque en rueda de prensa corralmente interpretada.

Así ha ocurrido con motivo de la convocatoria de un festival internacional (Orgullo Mundial 2005), de diez días de duración con multitudinario desfile incluido, convocado en defensa de los derechos de los homosexuales por la organización Casa Abierta de Jerusalén. De manera que, con documento unitario y comparación común, el patriarca latino, los rabinos de la corriente ashkenazí y sefardí, el patriarca armenio y el asistente del muftí de la muchas veces santa ciudad, han pedido al Gobierno israelí que prohíba semejante congregación. Que los colmugantes en prohibir adviertan que el desfile “puede provocar desórdenes públicos e incluso un derramamiento de sangre”, no es ya irritante, sino grotesco. Pues las religiones han sido y son allí —como en tantos otros lugares— no sólo la consentida materia prima simbólica de los procesos de etnificación y construcción de la identidad nacional de unos

contendientes que se agotan en una sangría inagotable, sino motivo directo de enfrentamiento cuando de la administración de los Lugares Santos se discute.

Todo este embrollo, además de manifestar cómo las iglesias llegan a un rápido acuerdo si se trata de amargar la vida a los que con naturalidad no participan de su concepto de “lo natural”, muestra hasta qué punto las tradiciones son una trampa que a menudo constriñe la libertad de las personas para decidir sus opciones. Lo cual también refule de tener en cuenta las diferentes topografías sacras de una ciudad que sin duda posee una considerable densidad en tan laberíntico asunto. En la zona del Monte Moriah los hebreos sitúan el Templo construido por Salomón en el lugar donde se afirma que Abraham condujo a su hijo Isaac para sacrificarlo; mientras que, para los musulmanes, precisamente en ese punto, el Profeta habría ascendido al cielo a lomos de un corcel alado, lo cual convirtió aquellos metros cuadrados en la ahora tan mentada Explanada de las Mezquitas. En cuanto a los cristianos, los católicos, los ortodoxos y los armenios —aunque también sirios, coptos y abisinios gozan de algunos derechos en un complicado acuerdo— sitúan la Basílica del Santo Sepulcro en el lugar donde supuestamente se dio a la vez la crucifixión y sepultura del Nazareno. Si bien los múltiples partidarios de la reforma luterana prefieren venerar la Tumba del Jardín como lugar verdadero de la misma crucifixión, según verificó en 1883 con pruebas del mismo corte aquel general imperial Charles Gordon que murió en Jartúm decapitado a manos de las tropas del Mahdí esperando unos refuerzos que llegaron demasiado tarde.

Ahora bien, es innegable que acontecimientos del mismo tipo son del todo inverosímiles para unos u otros según la confesión que se adopte. Y así, por ejemplo, sobre la cuestión de las ascensiones, lo que a unos les parece innegable y del todo verdadero a los otros les suena rari-

simo e imposible. Es en este punto donde el movimiento gay puede disponer de una apoyatura insospechada y complicar el asunto añadiendo otra topografía que sólo necesita de un grupo social que la respalde para adquirir el título

de sacra. Pues se sabe, y esto es seguro, que Jerusalén fue conquistada y el Templo destruido tras el ataque de Tito el 29 de agosto del 70 después de Cristo. Adriano, sesenta años después, decidió reconstruir el templo judaico de la explanada y también la ciudad como colonia romana. Pero a ésta le dio el nombre de Aelia Capitolina y aquél lo consagró a las tres divinidades —para los seguidores del templo anterior consideradas paganas— Júpiter, Juno y Minerva. Con todo, lo más importante es que, en la zona admitida, a excepción de los protestantes, como propia del Santo Sepulcro, se construyó otro templo dedicado a Afrodita. Allí permanecieron durante largo tiempo según el profesor de Filología Clásica de la Universidad de Siena Mauricio Bettini, director del Centro de Estudios de Antropología y el Mundo Antiguo, de quien tomó los datos.

Los participantes del festival internacional gay Orgullo Mundial 2005 bien pudieran invocar a Minerva y Afrodita. Una, orgullosa de su excelso talento y de su majestuosa belleza, protectora de sabios y artistas, inventó la escritura, la pintura y el bordado; en los altares de la griega, diosa de la belleza y del amor, un tanto frívola, no se sacrificaban víctimas, nunca se manchaban de sangre, tan sólo se quemaban incienso y perfumes. Si como afirman los representantes cristianos ellos respetan los derechos de los homosexuales —“pero los organizadores deben respetar también las sensibilidades de los creyentes”—, los que a Jerusalén vayan este verano a afirmarse divirtiéndose ya pueden apelar en favor de su sensibilidad los correspondientes lugares santos. Pues en esto de inventar tradiciones la imaginación es libre y cada cual puede construir la que más le convenga. Eso sí, sin postular que la suya, así imaginada, es la verdadera.

Nicolás Sánchez Durá es profesor del departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento de la Universitat de València.

República

SUSANA FORTES

A cualquier hora del día o de la noche podía sonar el teléfono en el hotel Victoria en la calle de las Barcas, donde se alojaba el Gobierno republicano y el recepcionista daba el aviso de alarma a los huéspedes para que se dirigieran al refugio. Bajaban pausadamente y se cedían el paso en el rellano de la escalera, como caballeros, mientras a lo lejos se oían los timbales de las cañoneras desde el mar. Era el invierno de 1936 y Valencia comenzaba a ser la capital de la República. Los madrileños llegaban por miles, sin volver el rostro por no ver su ciudad que habían dejado a las tinieblas. Venían hambrientos, con las manos rotas de levantar barricadas. Habían salido al amanecer, por una carretera polvorienta, hombres, mujeres y niños con el silencio pegado a los huesos. Entonces, “al bajar el puerto de Contreras, apareció Valencia, cuajada de luz, fantástica, irreal”. Lo recuerda Eduardo Haro Tecglen en sus memorias de niño republicano. Valencia era cortés, abierta y generosa. El escaparate de Barrachina representaba un paraíso de abundancia. En el hotel Londres, donde se alojaban los corresponsales extranjeros, había paella los jueves. Toda la ciudad era una ventana abierta bajo la que pasaban los muchachos de las brigadas internacionales con las cazadoras de cuero, sus uniformes nuevos y las canciones del mundo.

En el cine Metropol estrenaban *Mares de China* de Jean Harlow, y la pantalla se agrandaba con el sonido esperanzado de la sirena de un barco, pero desde un balcón de la plaza Castelar se veían otras cosas: la llegada de los malagueños a la estación huyendo de los fusilamientos, descalzos, con el corazón en ruinas. Lo que temblaba bajo el viento de aquel noviembre era la intuición de algo irremediadamente perdido.

Vista desde ahora la República fue la verdadera isla del tesoro en nuestro mapa sentimental. Fue la primera experiencia democrática de nuestra historia con el sueño de igualdad nuevamente derrotado, el único gobierno que lo empeñó todo en favor de la cultura. Los estudiantes de las Misiones Pedagógicas iban por los rincones más olvidados llevando consigo romances y obras de teatro, poemas y libros... Había algo hermoso en aquellos viejos pizarrones montados al lado de las eras, donde cada tarde unos muchachos muy jóvenes, casi niños, enseñaban las letras a rudos campesinos que nunca se las habían visto con un trozo de tiza. En muy poco tiempo, España superó el analfabetismo y se situó a la cabeza de Europa. Aquella generación engendró un nuevo Siglo de Oro: Manuel de Falla, Machado, Max Aub, Picasso, Alberti, Buñuel, ... y muchos otros que se dejaron jirones de su propia vida en la defensa de aquel sueño.

La esperanza republicana es un sentimiento. Dentro de él hay nombres, hay música, hay recuerdos... Hay también una ventana donde una mujer cosía a escondidas los tres trozos de tela de una bandera que aún no había sido proclamada. “Yo soy la Libertad, herida por los hombres”, cantaba camino del cadalso en los versos de Federico García Lorca. A aquel sueño de libertad va dedicado el homenaje multitudinario que esta tarde se le rinde en Benetússer con gentes del cine, del teatro, de la música y de la literatura. Porque los seres humanos necesitamos el calor de reconocernos unos en otros para mantener viva una esperanza.

OPINIÓN

DEL LECTOR

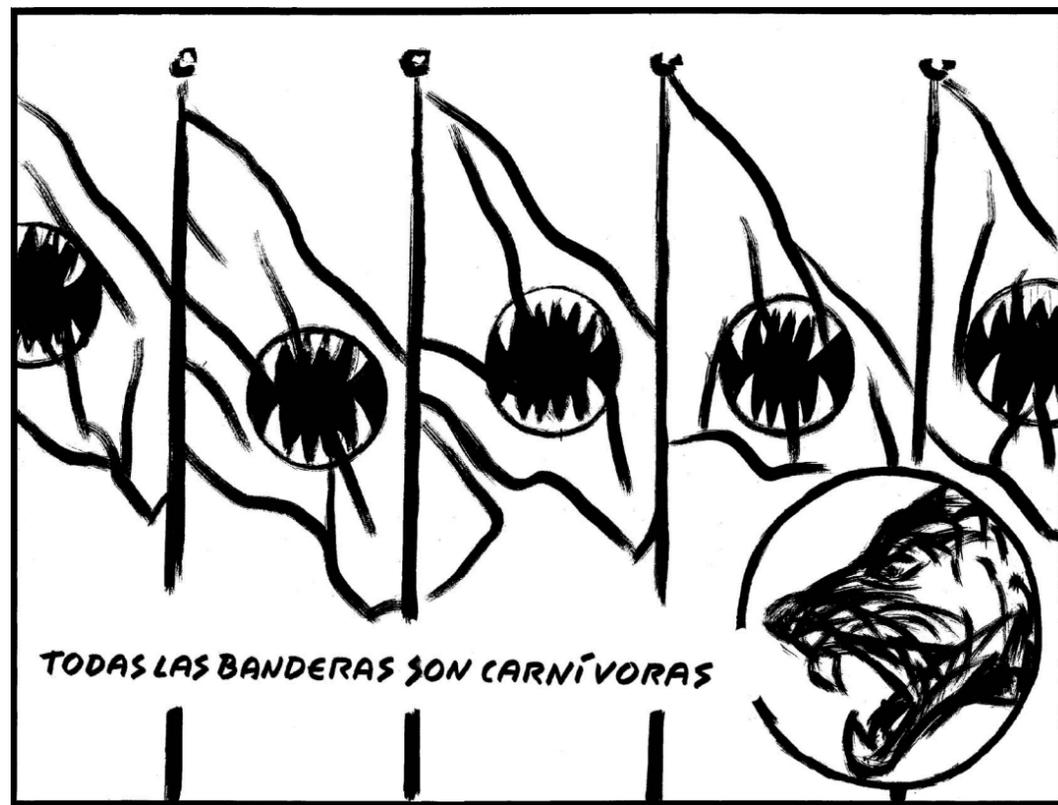
Esta sección de *El País Comunidad Valenciana* incluye cartas remitidas por los lectores. Los textos no deben exceder de 25 líneas mecanografiadas. En ellos deben figurar la firma, el domicilio, el teléfono y el número de DNI o pasaporte de su autor.

EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, resumirlos o extractarlos. No se devolverán originales, ni se facilitará información postal o telefónica. Las cartas (se ruega brevedad) pueden enviarse por correo, fax (96 351 17 31) o mediante correo electrónico (valencia@elpais.es o alicante@elpais.es).

Escrúpulos retroactivos

El Ayuntamiento de València ha rechazado la posibilidad de aceptar el empadronamiento retroactivo de inmigrantes, tras la decisión del Gobierno de flexibilizar este trámite, y lo hace con el notable argumento de que no piensa incumplir la ley. Igual se refiere al Real Decreto 2612/96 y a la figura del empadronamiento por omisión, regulado en 1997.

Dice que el Ayuntamiento que será escrupuloso y actuará con arreglo a Derecho. ¿Igual de escrupuloso que cuando emitía certificados de convivencia que evidenciaban que una persona vivía en un domicilio,



y no se le empadronaba de oficio? Según el Real Decreto, los Ayuntamientos deben mantener actualizados sus padrones de modo que sus datos concuerden con la realidad. Una situación que quedaba demostrada cuando cualquier persona (inmigrante o no) conseguía un certificado de convivencia sin

estar empadronada. Quizás para quitarse de encima el problema de tener que empadronar de oficio a todas esas personas (la mayoría, esta vez sí, inmigrantes), el año pasado el Ayuntamiento de València eliminó esta certificación. El actual proceso de regularización, con sus virtudes y sus defectos, debería

ser tomado en serio por todas las administraciones, y la penosa posición del consistorio valenciano patentiza su falta de interés en un asunto que afecta a personas humanas, hayan nacido donde hayan nacido. No invoquen escrúpulos que no tuvieron en el pasado. — Pasqual Requena. València